

# I CERTAMEN

1.º Premio • Año 2000

París bajo la lluvia

Ángel María Gómez Espada

## CAMINAS DESDE LA RUE DU BAC

hacia el quai Voltaire. Solo,  
porque Estelle ha ido temprano al trabajo.  
Con tu guía en tres dimensiones para idiotas  
buscas el número diecinueve,  
donde dicen que Baudelaire  
escribió buena parte de los versos  
que te han enseñado con cada lectura  
a amar profundamente la vida.  
Con fantasía propia de colegial  
sigues cuidadosamente las indicaciones  
puntuales hechas por el autor,  
mientras imaginas al poeta en esa casa  
pensando un endecasílabo perfecto  
al tiempo que paga su noche de amor  
furtivo a una joven prostituta  
que está vistiéndose a sus espaldas.  
Y por fin, llegas al lugar indicado,  
y tropiezas con un hotel de cuatro estrellas,  
suceso que te sume en una niebla espesa de  
dudas  
(y por más que relees, eso no aparece en la  
guía).  
Así que guardas para luego tu cámara de fotos,  
junto a la edición francesa de diez francos del  
Spleen,  
y cruzas la calle para ver el silencio de las bou-  
quinistes,  
camino del pont des Arts.

Es el signo de los tiempos, te dices  
y abres de nuevo la guía, para no per-  
derte.

## COUNTING CROWS

"Tu campamento en ruinas"  
Curro Piñana canta a Ibn L'Arabi [petenera]

### CONTANDO CUERVOS,

desde mi campamento en ruinas,  
a las nueve y media de la mañana  
en mitad del Cour Carrée,  
cierro los ojos y me aferro a este silen-  
cio  
de piedra, de mármol, de tonos ocres,  
cuando más de trescientos turistas  
orientales  
se reagrupan con sus diferentes guías  
y esperan ansiosos el momento  
en el que immortalizarán con un frío  
"click"  
la enigmática sonrisa giocondina  
en sus cámaras de video digitales  
mientras oyen atentos la explicación  
de su hermosa traductora de francés  
sobre la originalidad del cuadro.

Los cuervos pisan la hierba fresca  
ajenos a los extraños,  
acostumbrados a las colas,  
al nerviosismo de los asistentes.  
Pagarán lo que les pidan por hacer  
esa foto,  
por apreciar la esplendorosa sonrisa  
mundialmente famosa.  
Yo continuaré mi paseo  
hacia la Place de La Concorde  
a través del jardín des Tuileries,  
preguntándome por qué tampoco  
esta noche  
he dormido debajo de tu piel,  
acariciando tu pecho recóndito  
en esa noche única, prometida,  
a la que todo amante tiene derecho.  
Hago fotos al paisaje muerto  
y siento que aún llevo el recuerdo  
de tus besos prendido a las yemas.

Una señora le habla a su perrita,  
le pregunta con voz de carantoña  
si le gusta el perfume que le ha pues-  
to hoy.  
Me parece que es poeme,  
snobismo en grado recalcitrante.  
París es una paradoja  
en donde en cualquier esquina  
te asalta una sorpresa.  
Todo menos tu sonrisa,

que a estas horas estará bajo tierra,  
en el metro, línea 1, dirección La  
Defense.

Me despido de los cuervos,  
han venido cuatro más. Uno  
picotea al lado de mis piés.  
Me encamino, sin mirar a la gente,  
hacia el Arc de Triomphe du Carrousel.  
Dejo  
a los japoneses en sus respectivas  
filas.  
De alguna manera, cada uno de nos-  
otros  
busca una sonrisa enigmática  
que nos ilumine el día  
y que nos diga que ha merecido  
la pena levantarse hoy.  
Sólo que ellos aspiran a poseer la más  
famosa.  
Yo me conformo con una mueca de la  
tuya.

"Cal fer-se a la solitud com a un joc."  
Francesc PARCERISAS. L'edat d'or.  
"Ciutat deserta"

HAY QUE HACERSE A LA SOLE-  
DAD  
COMO A UN JUEGO.

También ella tiene momentos hermo-

sos

si aprendemos bien las reglas. Por ejemplo,  
de la ruleta rusa.

Y delante de un espejo  
observamos atentamente nuestra condena  
eterna y la retamos, la incitamos a que venga:  
ya, ahora, vamos, no tienes huevos a tocarme.  
Y con un suave roce de gatillo  
escuchamos el primer click y respiramos.  
Para saber que estoy vivo, normalmente,  
recuento rápido los nombres de mis gatos.  
No tardo ni quince segundos en escuchar  
el segundo click. Nada, de nuevo nada.  
Ahora, ahuyentada la Intrusa, tomo un libro  
y leo sereno en el sofá algo de Rimbaud.  
Recito en voz alta: L'étoile a pleuré rose  
au coeur de tes oreilles, y fumo en silencio.  
También mi soledad tiene derecho  
al goce sereno de esos pocos momentos.  
LLUEVE EN PARÍS A RITMO DE JAZZ.

Me recuerda que estoy vivo pasear bajo la lluvia.  
Los cuerpos con grandes bolsas se esconden en  
los cafés.  
La tarde avanza lenta, y a través del ventanal  
puedo verte.  
He bajado a la farmacia a por algo para el dolor de  
cabeza,  
y te he visto en la última mesa, con un libro de  
Camus.  
Sostienes el café con las dos manos, para calen-

tarte

(siempre las tuviste más frías que yo),  
y el reloj de tu mundo se ha parado.  
Observas, ajena, la lluvia caer.

Sé que podrías estar así toda la vida:  
un café en las manos y la lluvia única de  
París ante ti.

2

La lluvia no cesa, ilumina el final de la  
tarde.

Permanezco anclado a tu visión.  
Es como una película del silencio,  
es el dulce placer de la monotonía.

3

Hay tanta lluvia entre nosotros.

4

Pagas y sales del café,  
imagino que dirección St-Denis.  
Te acompañará mi mirada,  
silenciosa, durante unos metros,  
y cuando te pierdas entre la multitud celo-  
sa,  
la noche habrá empezado a condenarme.

5

Sólo quedan zanahorias en el frigo  
y un paquete de barbitúricos.  
Al lado, pongo las aspirinas.

Sonrío, tengo dieta de pobre.

Tengo, además, calados los calcetines,  
mi cuaderno de notas con ampollas de agua  
y los versos que hoy te he escrito  
son una manchada clara de tinta;  
también tengo varias facturas  
y un mensaje desde hace días en el correo.

La primavera entra despacio.

Miles de patinadores conquistan las calles de París.  
Debe de ser viernes, por tanto.